

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

Sadako y las mil grullas de papel

Eleanor
Coerr

Dibujos de
Eva
Sánchez



PRÓLOGO

Sadako y las mil grullas de papel es una historia real, basada en la vida de una niña que vivió en Japón desde 1943 hasta 1955.

Sadako vivía en Hiroshima cuando la Fuerza Aérea de los Estados Unidos dejó caer en aquella ciudad una bomba atómica, con el propósito de dar fin a la Segunda Guerra Mundial. Diez años más tarde, Sadako falleció a consecuencia de la radiación producida por la bomba atómica.

Su coraje hizo que Sadako se convirtiera en una heroína para los niños japoneses. Esta es su historia.



Buenas señales

Sadako nació para ser una gran corredora. Su madre solía decir que Sadako había aprendido a correr antes de saber caminar.

Una mañana de agosto de 1954, Sadako se despertó, se vistió de prisa y salió corriendo a la calle. El sol de la mañana reflejaba mechones de color castaño rojizo en su pelo negro. No había ni una sola nube en el cielo azul, lo cual era una buena señal. Sadako siempre buscaba señales de buena suerte.

En la casa, su hermana y sus dos hermanos todavía dormían plácidamente. Sadako se acercó a su hermano mayor, Masahiro, y le dijo:

—¡Despiértate, holgazán! Hoy es el Día de la Paz. Masahiro protestó entre bostezos. Quería seguir durmiendo, pero, como a la mayoría de los chicos de catorce años, tampoco le faltaba el apetito. Apenas le llegó el rico olor de la sopa de verduras, se levantó.

Mitsue y Eiji lo hicieron poco después.

Sadako ayudó a Eiji a vestirse. El pequeño tenía seis años, pero a veces perdía un calcetín o la camisa. Luego dobló los edredones, ayudada por su hermana Mitsue, que tenía nueve años, y los guardó en el armario.

Sadako entró como un torbellino en la cocina, gritando:

—Mamá, ¡me muero de ganas de ir al carnaval! ¿Está listo el desayuno?

Su madre estaba cortando los rábanos para servirlos con el arroz y la sopa. Se detuvo, miró a Sadako severamente y le dijo:

—Tienes once años. Ya eres lo suficientemente mayor como para saber que hoy no es día de carnaval. Todos los años, el seis de agosto, recordamos a los que murieron cuando la bomba atómica cayó sobre nuestra ciudad. Hoy es un día conmemorativo.

El señor Sasaki entró en ese momento por la puerta de atrás.

—Así es —dijo—. Sadako *chan*, debes ser más respetuosa. Tu propia abuela murió ese horrible día.

—Pero yo respeto a *Oba chan* —se excusó Sadako—. Todas las mañanas rezo por su espíritu. Lo que sucede es que hoy me siento contenta...

—Por cierto, es hora de rezar —dijo su padre.

La familia Sasaki se congregó alrededor del pequeño altar, presidido por una fotografía de *Oba chan* enmarcada en un cuadro dorado. Sadako levantó la vista al techo y se preguntó si el espíritu de su abuela flotaría sobre el altar.

—¡Sadako *chan*! —la regañó su padre.

Sadako bajó la cabeza al instante. Mientras su padre hablaba, ella se entretenía moviendo los dedos de los pies. El señor Sasaki rezó para que los espíritus de sus antepasados hubiesen encontrado la paz y la felicidad. Dio gracias por su barbería y por los hijos tan buenos que tenía. Y rogó para que su familia fuese protegida de aquella enfermedad tan terrible, producida por la bomba atómica, que se llamaba leucemia.

Muchas personas seguían falleciendo a causa de esa enfermedad. Aunque hacía ya nueve años que la bomba había caído sobre Hiroshima, el aire había quedado inundado de radiación, una especie de veneno que permanecía en el cuerpo de las personas durante mucho tiempo.

Sadako se comió el arroz en un santiamén y se tomó la sopa a grandes sorbos. Masahiro aprovechó para comentar que algunas niñas comían como si fuesen dragones hambrientos. Pero Sadako no le prestó atención. Sus pensamientos estaban en otra parte: en el Día de la Paz del año anterior. Le encantaba el gentío, la música, los fuegos artificiales, y podía saborear, en su mente, el delicioso algodón de azúcar.

Sadako fue la primera en acabar de desayunar. Al levantarse de la mesa, casi la vuelca. Era más alta de lo normal para su edad y sus largas piernas siempre tropezaban con algo.

—Acaba, Mitsue *chan* —apremió Sadako—. Cuanto antes freguemos los platos, más rápido podremos salir.



Una vez limpia y recogida la cocina, Sadako se ató las trenzas con unos lazos rojos y se plantó en la puerta de la casa a esperar impaciente.

—Sadako *chan* —le dijo su madre con dulzura—, no saldremos hasta las siete y media. ¿Por qué no te sientas tranquila hasta que sea la hora de irnos?

Sadako se dejó caer sobre la estera de tatami. Sus padres nunca tenían prisa por nada. Mientras esperaba sentada, observó una araña que se paseaba, atareada, de un lado a otro de la habitación. Una araña era señal de buena suerte. Ahora Sadako estaba convencida de que sería un día magnífico. Tomó la araña entre sus manos, con mucho cuidado, salió fuera y la puso en libertad.

—¡Qué tontería! —dijo Masahiro—. Las arañas no traen buena suerte.

—Ya lo veremos —le contestó Sadako con alegría.